

Los globos de don Luisito

(10 de noviembre de 1957)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

DOMINGO 24 DE MAYO DE 2020

Don Horacio *El Colorado* Naranjo (1938-2020) y su célebre Orquesta.



ESCRIBEN: Carlos Pérez, Eréndira Cortés, Jaime Velasco, Ángel Gaona, Juan Grajeda, José Lomelí, Leopoldo Barragán, Carlos Hernández y Carlos Caco Ceballos.

Horacio *El Colorado* Naranjo, una leyenda de Colima*

Carlos Alberto Pérez Aguilar

En homenaje a Don Horacio *El Colorado* Naranjo Garibay y su brillante legado musical a través de su Orquesta, por su sensible fallecimiento el pasado 20 de mayo, *Ágora* reproduce la entrevista que el distinguido trompetista concedió a **Diario de Colima** en noviembre de 2016, una de las últimas que dio a los medios de comunicación, pues semanas después enfermó y no regresó a los escenarios, salvo por los reconocimientos que recibió. (N. del E.)**

Escuchar tocar la Orquesta Colorado Naranjo es rendir tributo al pasado, o al menos imaginar por un momento cómo eran los antiguos bailes de salón. Detener el tiempo al ritmo de las trompetas, del bajo y las percusiones, que marcan el paso doble, los danzones o el chachachá.

La música de la orquesta incita a bailar, al escucharla los pies no se contienen, al cerrar los ojos es fácil imaginar a parejas vestidas de manera elegante, con mujeres con vestidos largos y los hombres con traje y sombrero, listos para la ocasión, tomándose de las manos y siguiendo las canciones con ritmo y devoción.

Es día de ensayo en el salón del Colorado Naranjo y **Diario de Colima** estuvo ahí. Desde las 7 de la tarde los músicos se reúnen en este lugar, ubicado en el patio de una casa de la calle Corregidora en el barrio de La Salud, en el centro de Colima.

Cada semana, de manea religiosa, los integrantes de esta orquesta practican para tener siempre listo el repertorio para una próxima presentación; así se ha seguido esta costumbre, este ritual desde hace más de 80 años que se integró el conjunto musical, que se mantiene vigente gracias a la herencia que se ha seguido generación tras generación por parte de los músicos que la conforman.

Don Horacio Naranjo Garibay, mejor conocido como *El Colorado*, está ahí al frente de la orquesta. Él recientemente fue operado del corazón, le reconstruyeron tres arterias, pero el médico sólo le dio un mes de reposo tras su intervención quirúrgica.

El periodo de descanso ya se cumplió, y ahora, alegremente, asegura que nunca dejará de tocar.

“Me dio el doctor sólo un mes de reposo. A mí me sorprendió eso, pero yo sí le dije al médico que no podía estar mucho tiempo sin hacer esto, porque si no lo hago, ahora sí me muero. La música es mi vida”, platica el director de la orquesta, quien se encarga minuciosamente de revisar la afinación de los instrumentos, “para que todo salga como debe salir, así sea un ensayo”.

¡Uno, dos... un, dos... tres!... Comienza la orquesta la práctica con *Al sur de la frontera*, una canción muy significativa para los Naranjo, canción que usan para abrir toda presentación y también todo ensayo. Una melodía muy especial, que fue inmortalizada a nivel mundial por Pablo Ruiz Beltrán, pero que para ellos cobra un sentido muy especial.

“Yo nací en 1938. Antes que yo naciera, mi padre, Carlos Naranjo, fue músico, él ya tocaba desde mucho antes. Mi papá estuvo en Estados Unidos y allá aprendió de música de orquesta; después de un tiempo se enfadó y se regresó a México, sí, se devolvió al sur de la frontera y regresó aquí hasta Colima”.

“Ya cuando llegó él decidió juntarse con una orquesta en 1930; eran varios maestros los que tocaban e hicieron un buen grupo. Yo nací años después y de mi padre aprendí todo, desde chiquillo me traía en esto y desde entonces supe que sería mi vida. Esta canción (*Al sur de la frontera*) es de las que más me gustan por eso, porque me recuerda a mi padre, pero también me recuerda a mi madre que le gustaba mucho y siempre la disfrutaba”, platica el director.

Hoy en día la leyenda de la Orquesta de El Colorado Naranjo está viva y vigente, porque los músicos de varias generaciones se han sumado a su historia y no se ve cuándo esta tradición pueda terminar, ya que en las filas de la banda se encuentran un hijo,

también de nombre Horacio que toca la trompeta, y dos nietos muy jóvenes, Horacio y Miguel, el primero trompetista y el segundo en las percusiones.

“Esto no se tiene por qué terminar; al contrario, tenemos que dejar nuestra huella y que las nuevas generaciones sigan en un futuro con todo esto sería lo que más nos alegraría. La competencia es cada vez más, pero la música de orquesta, si el público así lo pide seguirá existiendo y los Naranjo estaremos aquí”, expresó Don Horacio, quien se dice orgulloso de compartir el escenario con todo un grupo de profesionales que, como él, aman la música.

Paloma Negra, *Quién será la que me quiera a mí*, *New York New York*, son algunas de las canciones que acompañaron el ensayo que duró alrededor de dos horas.

En los muros del salón de ensayos se observan decenas de cuadros colgados en la pared; en ellos hay retratos familiares, fotografías con artistas como Marco Antonio Muñoz, El Mariachi Vargas de Tecalitán, algunas imágenes de Carlos Naranjo y *El Colorado* cuando era joven; premios diversos de tantas y tantas giras, de años y años de recorrido musical, así como viajes por todo el país.

De entre todas, una foto especial para Don Horacio es una de la Orquesta de la Armada de México, que fue tomada a mitad del siglo pasado. En ese retrato, que tiene colocado justo detrás de la tarima principal de ensayos, se encuentra quien fuera, además de su padre, su gran mentor, el capitán Ponciano Galloso Perea.

“A mí me quería mucho el capitán. Como yo estaba chiquillo y colorado de la cabeza



Don Horacio ensayando con su Orquesta Colorado Naranjo (noviembre de 2016).

me ayudaba mucho. Él vio algo en mí que no encontraba en nadie más. Yo me le pegaba para todos lados porque quería aprender de él. Era un gran trompetista”, recuerda con nostalgia.

“Cuando se fue mi maestro a México, yo lo fui a llevar a la estación que se ubicaba en el Jardín Núñez. Yo tenía ya como 16 años. Me dio un abrazo... y de tan duro que era... nomás yo vi que se le rasgaban los ojos y no se me olvida que me dijo: ‘lo único que me duele no haber hecho de ti el mejor trompetista del mundo’. Me dolió que se fuera”. Don Horacio no contiene la plática y suspira por la memoria de quien es su gran mentor.

Los éxitos llegaron después. La vida de *El Colorado* Naranjo no fue del todo sencilla. Él vendía periódicos, estudiaba, ayudaba en la casa y se daba tiempo para la música.

En la escuela no era del todo bien visto, “me hacían mucha vagancia, me tiraban mucha carrilla porque yo era pelirrojo, me hacían sufrir. Es muy feo estar donde hay todos parejos y nomás

uno diferente; yo tenía el pelo rojo y no me gustaba que me llamaran *El Colorado*, pero mira, al final se me quedó”, cuenta del porqué el apodo que hoy está grabado en la memoria de muchos colimenses.

Si bien sus hermanos también empezaron de jóvenes con la música, al final fue él quien siguió con la herencia de su padre.

“Quien es músico, nace músico, quien no... más vale que se dedique a otra cosa”, es por ello que siguiendo su instinto acompañó su oficio de sastrero con la orquesta que durante décadas enteras llenó plazas públicas, festividades populares hasta poder recorrer una buena parte del país con su música.

“Nos tocó alternar cartel con grandes como Dámaso Pérez Prado, Marco Antonio Muñoz, con muchos artistas como José José e incluso Juan Gabriel, cuando apenas iban empezando.

“La música nos ha dado todo y nos permite estar felices y alegres por lo que hacemos”, comenta al asegurar que las envidias están presentes en la carrera artística.

El Colorado Naranjo durante décadas amenizó el baile principal de la Feria de Colima, lo hicieron cuando los máximos festejos se hacían en el Jardín Núñez y después en los terrenos que se ubicaban frente al parque de La Piedra Lisa, actualmente amenizan

desde hace algunos años el Baile de la Cana al Aire, donde jóvenes, adultos y adultos mayores reviven la alegría de los bailes de salón.

“Muchas orquestas han pasado. Nos han dicho de todo, se hacían llamar de muchas maneras para hacernos menos. Dizque algunas llegaban diciendo que iban a tocar a Nueva York y no sé que tantas cosas... pero nunca eso nos afectó porque nuestro público lo tenemos y a ellos nos debemos”, señala el líder de la orquesta con mayor historia en Colima, que sin perder su estilo, se ha adaptado al público de las nuevas generaciones.

“A nosotros nos pueden pedir de todo. Tampoco somos mariachis como para andar complaciendo, porque somos una orquesta. Pero nos hemos metido a lugares donde hay que tocar banda, y otros donde las cambias son las que ambientan. Si queremos continuar debemos adaptarnos, pero eso sí, nunca malbaratar nuestro trabajo. El que nos quiera que pague lo que vale nuestro trabajo”, expresa al hablar de la competencia que en el presente existe con grupos versátiles que acaparan el mercado.

En el presente, la orquesta de El Colorado Naranjo es contratada para eventos de gran nivel en la Armada de México, para festivales de Clubes como Leones y Rotarios, pero también, asegura, no pierden el piso de darle a la gente de Colima sus presentaciones en fiestas patronales donde no cobran un solo peso.

“No se trata sólo de dinero porque de algo viviremos. Se trata de una identidad, de sentirnos bien por donde estamos y lo que hacemos. De recibir un aplauso sincero porque le gustó al público nuestro trabajo. Hace poco nos invitaron a una plaza de toros para que fuéramos a amenizar la corrida, o querían que tocáramos en un recibimiento. En esos casos hay niveles... los muchachos y yo dijimos que no”.

La historia de *El Colorado Naranjo* y su orquesta seguirá presente, vigente, ahora los nietos han llevado la música de la banda a las redes sociales, alcanzando contratos que en el pasado no se hubieran podido lograr; dejando claro que esta música no pasará de moda, que la memoria de quienes asistan a sus bailes les harán recordar el momento.

“No me quiero morir pronto... pero el que va seguir con esto es mi hijo, el único hijo hombre que tengo y él ya tiene a sus dos hijos aquí. Esto no se va a terminar. Toda la vida trabajé con muchas ganas y lo que quiero es que mis hijos y mis músicos que me acompañan sigan con esto. Que no se dejen llevar por las tentaciones, porque eso ha llevado a muchos a la perdición y al panteón. Si ellos hacen las cosas bien, por lo menos tendrán esto para seguir cuando yo no esté”.

Es tiempo de cargar las últimas maletas. Subir las bocinas al coche para llevarlas al camión. Este fin de semana la orquesta de El Colorado Naranjo tendrá gira fuera del estado de Colima, esta ocasión van rumbo a Michoacán.

**Con esta crónica-entrevista realizada a Don Horacio El Colorado Naranjo, Carlos Alberto Pérez Aguilar obtuvo el Premio Estatal de Periodismo 2017, en la categoría Difusión Cultural.*

***Nota del editor.*

Jonás en tiempos de pandemia

Jaime Velasco

Jonás había visitado la Ciudad de México pensando en participar en algún proyecto teatral. Muy pronto comprendió que, al igual que la provincia, el teatro se columpiaba en una cuerda muy delgada. Decidió entonces retornar con su familia a la gran ciudad angelina. Era necesario obtener recursos para financiar su propio proyecto. Había que ahorrar lo más posible del año bisiesto.

La segunda semana de marzo, Jonás entró a trabajar en una fábrica de productos veganos: queso parmesano, yogurt, mayonesa, entre otros. Le tocó el segundo turno, de dos de la tarde hasta las diez y media de la noche. Luego de registrar la hora de entrada y colocarse un gorro azul en la cabeza, Jonás tiene que hacer un sinfín de tareas. Acomodar cajas de queso en racas de madera y llevarlos al enorme congelador. Sacar los quesos de las cajas que están a la temperatura requerida para su consumo y colocarlos en bandejas blancas, de plástico, extremadamente limpias.

Las bandejas, a su vez, se acomodan en carritos azules para llevarlas al salón de los quesos, donde para entrar hay que tener cuidados extremos de higiene. Colocarse una bata blanca con mangas. Meter unos segundos el calzado en un aparato que los esteriliza. Cruzar las puertas al interior del salón. Lavarse las manos con bastante espuma, enjuagarlas con agua tibia.

Secarlas con papel. Untarse gel antibacterial. Ponerse guantes de color azul cielo. Al fondo del salón se lleva el carrito azul. Allí hay una mesa de aluminio con una tabla blanca, un cuchillo de cacha blanca y varias bandejas vacías. A los quesos se les quita una funda de plástico color azul marino.

Los quesos -ya desnudos- se cortan en pedazos para poder rallarse en el molino dispuesto para ello. Luego, el queso rallado se mete en bolsas o recipientes de plástico en las cantidades requeridas, para ello se utilizan pequeñas básculas. Enseguida se traslada el producto al departamento de etiquetas. Una vez etiquetadas las bolsas o recipientes se meten en cajas, que luego son puestas en bandas, y allí las cajas se sellan con cintas de plástico, y también se marcan con el código correspondiente y la fecha de caducidad. Las cajas se colocan en racas de madera, y una vez que se llena la raca, se rodean de plástico delgado y transparente para que no se caigan al ser transportadas a las tiendas, donde finalmente el consumidor las puede adquirir, y ya en casa degustar el queso-parmesano-rallado-vegano en ensaladas,

quesadillas o pizzas.

Jonás fue aprendiendo estas tareas en el transcurso de los días de marzo, pero he aquí que tuvo que renunciar a su nuevo trabajo por causas supremas. En todo el país se implementó la emergencia nacional por razones de la pandemia ocasionada por el coronavirus Covid-19. La fábrica de productos veganos, siendo esencial por tratarse de alimentos, siguió su curso normal. Sin embargo, Jonás

decidió dejar el trabajo, luego de dos semanas de su ingreso, para no correr el riesgo de contagiarse, y a su vez contagiar a su madre, quien ya cuenta con ochenta años de vida.

A pesar de que Jonás tiene al teatro en estatus de sabático, se da cuenta de la importancia que la industria del entretenimiento cobra en estas circunstancias de confinamiento social. Y si de pronto, piensa Jonás, el mundo dejara de tener acceso a la música, a las películas, a las transmisiones virtuales de danza, ópera, poesía... No, eso es impensable, inimaginable... Sin embargo, el arte se finca en la facultad de la imaginación: *Imagino, luego existo*. De manera que Jonás mientras riega los rosales del jardín y el árbol de durazno de la casa paterna, imagina que todos los gobiernos del mundo elevan al arte a la categoría de producto esencial para la sana armonía de los pueblos. Todo país debe tener su fondo de recur-

sos para cubrir las necesidades básicas de sus artistas en casos de contingencia ambiental, sanitaria e incluso, extraterrestre. Al cabo de pocos minutos, Jonás cierra la llave del agua y sus pensamientos caen al valle de la nada.

Han corrido siete semanas desde que Jonás renunció a la fábrica de productos veganos. Los días y las noches se han encimado dejando una estela de pensamientos, desvelos, temores. Por fortuna los sueños han venido a compensar aquellas cosas que Jonás añora. Allí ha podido poner en escena, comedias y sainetes graciosos, y actuar fragmentos de personajes entrañables: Hamlet, Peer Gynt, Segismundo...

*¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño
y los sueños, sueños son.*

(Versos de *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca, dramaturgo español)





VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Los globos de don Luisito

Don Manuel Sánchez Silva

(10 de noviembre de 1957)

Hasta los primeros años veintes, como se ha dado en llamar a la década comprendida entre 1920 y 1930, don Luis Castellanos fue maestro de dibujo en las escuelas oficiales de Colima, y por cierto uno de los más queridos. Su afabilidad, su modestia, su propia figura y especialmente su condescendencia con la grey escolar -que lo llevaba a desentenderse de travesuras y a justificar flojeras-, lo convertían en una persona singularmente simpática y atrayente. Con don Luisito, como siempre era llamado, todo mundo pasaba la clase de dibujo. Y pasaba con “cuatros”, que era la máxima calificación.

En las exposiciones escolares hechas con motivo de los exámenes finales se destacaban los trabajos hechos al carbón, acuarelas y hasta óleos realizados por los alumnos sustentantes, y los familiares y curiosos que los observaban quedaban sorprendidos de la originalidad de los temas, pureza del trazo, perfección de la perspectiva y de los segundos planos, y adecuada tonalidad de los matices.

—¡Qué bien pintan estos muchachos! -comentaba la gente, ignorando que el mérito era de don Luisito y no de sus discípulos, que se pasaban el año fraguando y cometiendo diabluras durante las clases de dibujo, en tanto que su maestro, sonriente, contemporizador y cariñoso, hacía por ellos su trabajo.

Era don Luisito alto, delgado, de escasa cabellera blanca por los años, sonrosado de cutis y expresión de niño, acentuada por la riente luminosidad de sus ojos azules, reflejos de un alma cándida, que tan sólo miraban o creían ingenuamente mirar los aspectos nobles de la vida. Jamás se le vio disgustado, molesto y ni siquiera severo. Vivió y murió en la pobreza, lo que equivale a decir que era bueno, como lo son todos los que, resignándose con su suerte, hallan en la elevación de su espíritu compensaciones inefables.

Dotado por la naturaleza de una admirable intuición pictórica, la cultivó por iniciativa y gustos propios, encontrando en sus lápices y pinceles los más altos motivos -y los únicos- de delectación interior. Dibujaba o pintaba “porque sí”, porque su riqueza imaginativa lo impulsaba a plasmar en líneas y colores el inagotable caudal de su sensibilidad artística, como un arroyo cristalino y murmurante que se desliza por un plano inclinado, refrescando la floresta y embelleciendo el paisaje sin saber por qué se desliza.

No enseñaba técnica alguna porque él mismo la ignoraba y sus clases se reducían a dibujar, en pizarrones y cuadernos, líricas improvisaciones de bocetos, perfectamente bucólicos, pues la naturaleza rural lo atraía e inspiraba, traduciéndola en hermosas

panorámicas en las que aparecían casas de campo levantadas en medio de un valle florecido, claros sombríos por el follaje de grandes árboles y selvas inextricables, cuya solemnidad se diluía y decoraba con la presencia de pajarillos silvestres que revoloteaban de rama en rama, dorados por esa luz de un sol jocundo.

Y éstas eran las muestras ofrecidas al aprendizaje de los alumnos que, al fin del año escolar, figuraban en los salones de exposición, como hechas por los mismos...

Para ayudarse a vivir, y sobre todo cediendo a su temperamento infantil, don Luisito fabricaba globos de “papel de china”, en cuya confección era un verdadero maestro. Los hacía grandes y chicos, de diversas formas y colores estéticamente combinados, pero aun cuando una buena parte de ellos los vendía, el porcentaje mayor los “soltaba” en el corral de su casa, para su propio recreo. Cuando esto acontecía, que era casi a diario, desde temprana hora corría la noticia entre la chiquillería del

barrio de La Sangre de Cristo, por donde el pintor vivió toda su vida:

—¡Don Luisito va a soltar un globo!

—¿Cuándo?

—¡Hoy, a las ocho!

Y desde esa hora la muchachada se presentaba en el escenario, irrumpía en el corral del artista y perecía por ayudar en los trabajos previos, disputándose la feliz posesión del soplador de tule, con el que primero se inflaba el globo, y en la preparación del hisopo y la estopa, que empapados de aguarrás y encendidos proporcionaban el humo indispensable para la función del artefacto.

Don Luisito se multiplicaba en esas ocasiones que le producían inmensos alborozos. Con la faz iluminada por su característica sonrisa, iba y venía vigilando todos los detalles para el éxito, y cuando al fin el globo se elevaba, lenta y majestuosamente, recortando su silueta grácilmente curvilínea en la penumbra de la noche tropical, batía palmas de contento, entre la algarabía de los chiquillos eufóricos.

Y así pasó don Luisito su existencia, que fue larga y serena, dividiendo su tiempo en la satisfacción de sus aficiones: pintar delicadas imágenes y motivos de candorosa plástica y confeccionar globos de “papel de china”, con lo que tachonaba el firmamento de un instintivo impulso, quizá, de desprenderse de las miserias de este

mundo y proyectarse a las alturas, en una anticipación de su propio vuelo definitivo.

Murió dulce y tranquilamente como vivió, y nadie en Colima ha vuelto a dibujar con la inocente elegancia que él hizo ni a confeccionar globos tan bellos como los suyos.



Valle de México desde el Tepeyac (1901), del pintor mexicano de José María Velasco.

La naturaleza rural lo atraía e inspiraba. traduciéndola en hermosas panorámicas en las que aparecían casas de campo levantadas en medio de un valle florecido. claros sombríos por el follaje de grandes árboles y selvas inextricables

algarabía de los chiquillos eufóricos.

Y así pasó don Luisito su existencia, que fue larga y serena, dividiendo su tiempo en la satisfacción de sus aficiones: pintar delicadas imágenes y motivos de candorosa plástica y confeccionar globos de “papel de china”, con lo que tachonaba el firmamento de un instintivo impulso, quizá, de desprenderse de las miserias de este

mundo y proyectarse a las alturas, en una anticipación de su propio vuelo definitivo.

Murió dulce y tranquilamente como vivió, y nadie en Colima ha vuelto a dibujar con la inocente elegancia que él hizo ni a confeccionar globos tan bellos como los suyos.



Hasta los tímpanos

¿Un ramito?

Eréndira Cortés



9 de noviembre de...

Querida señora N...

Lo siento mucho. Ya no puedo guardarme el secreto, lo traigo atorado en la garganta desde hace casi tres años. Conozco al señor de antes, trabajaba para él, ¿me recuerda? En un principio me pareció reservado, después con todo respeto, lo encontré detestable. Quizá lo juzgo mal. Espero no sea un error esta confesión, le he dado vueltas al asunto, si le digo ¿destrózaré su alegría o la liberaré del martirio?

Recuerdo aquella tarde, tuve que regresar a la oficina por unos documentos y me sorprendió que aún estuviera trabajando. Él se asustó al verme cruzar la puerta, pero enseguida pidió mi opinión de unos versos. *Suena muy romántico ¿usted lo escribió?* Me enseñó entonces un libro lleno de polvo que guardaba en uno de sus cajones, era de un tal Neruda. *Nunca falla*, me dijo, *si a usted le gusta seguro a ella le encantará*. Al preguntarle si celebraba su cumpleaños o el aniversario, me cambió de tema. De pronto sospeché que tendría una amante, mas con el tiempo corroboré que todo era para usted.

Así pasó. Un día me encargó las violetas, en la florería me preguntaron que si le ponían el nombre y dije que sí. De regreso me dio una regañada el señor: *quítaselo, no ves que no quiero que sepa*. Nunca entendí ¿con qué afán hacer todo eso por usted en secreto? Me pareció tan macabro engañarla de esa manera, ilusionarla a sus espaldas; no podía dormir de imaginarlo con su cara de maldad regocijándose ante sus reacciones. Nada bueno podría tener esto ¿o sí?

Probablemente a usted le guste esta relación anónima, tal vez le motiven las cartas, los poemas cursis y los ramitos. Por eso tardé tanto en decidirme y si lo hago es porque siento que no se lo merece, el amor no se puede dar a escondidas, entre engaños. Usted podría tener alguien mejor que ese pelafustán. Me consta por como la trataba en las reuniones de la oficina o cuando la llamaba, en casa debe ser peor.

Fue el colmo cuando me involucró en su jugarreta, ¿cómo iba a seguir trabajando para él sabiendo que sus encarguitos eran con el fin de engatusar a su propia esposa? Eso sí que no. Seguro ya encontró otra secretaria. En mi nuevo empleo me pagan menos pero mi conciencia está tranquila.

Disculpeme de verdad, no encuentro otra forma. Será doloroso, pero es con el único fin de liberarla, de que encuentre la verdadera felicidad. Por su propio bien. Ya usted decidirá qué hacer, tomarse un trago, dejarlo o no, reír o llorar. Sólo le pido de favor, no le diga que fui yo.

Hasta nunca.

Atte. C...

Distopía

Ángel Gaona

Lo planearon por años, el objetivo, reducir un tercio de la población mundial, crearon un virus, y a su respectiva vacuna, la utilizaron para inmunizar a una élite, de la que seleccionaron cuidadosamente a los elegidos: científicos, empresarios encumbrados a nivel internacional, estrategias militares, y a unos cuantos poderosos, que colaboraron en el proceso.

A un alto precio lograron su objetivo, la mortandad se contabilizó en miles de millones. La vacuna comenzó a ser empleada después de tres largos años, la humanidad exhausta, se transformó en una masa alienada devorada por el caos, perdió el rumbo. Los causantes de la catástrofe en su recuento de daños, justificaron todo diciendo que las siguientes generaciones superarían el holocausto en unos pocos años.

Se probó de todo para detener la masacre, nada funcionó. La infraestructura hospitalaria quedó devastada. El personal sobreviviente de atención a los contagiados poco a poco comenzó a abandonar sus puestos. Llegó el día en el que sólo imperó la anarquía, la consigna tácita fue "sálvese quien pueda". Hordas huyeron a las comunidades más alejadas, pero sólo consiguieron expandir la pandemia, hasta sitios antes inexpugnables.

Desde el primer año, la gente dejó de reproducirse, tener un hijo se volvió un asunto complicado. A partir de ahí, en todo el planeta bajó considerablemente el porcentaje de nacimientos. A pesar de todo, la humanidad supo adaptarse, el mundo

Hoy la humanidad se levanta de esa postración forzada. Diezmada. resurge de la peor hecatombe de su historia. en unos años se reanudaron las industrias. los transportes. todo aquello que mueve al planeta. El ser humano. sin embargo. no volvió a ser el de antes de la pandemia.

no volvió a ser el de antes, los pilares de la civilización se derrumbaron, el objetivo se logró a un alto precio, se sucedieron una tras otra, catástrofes de todo tipo, desde las debacles económicas que dejaron en bancarrota países y empresas multinacionales, hambrunas y devastación por todo el globo terráqueo.

Hoy la humanidad se levanta de esa postración forzada. Diezmada, resurge de la peor hecatombe de su historia, en unos años se reanudaron las industrias, los transportes, todo aquello que mueve al planeta. El ser humano, sin embargo, no volvió a ser el de antes de la pandemia. El trauma colectivo perdura en las nuevas generaciones. Los que dominan al mundo afianzaron su

jerarquía, modificaron la especie para diferenciarse evolutivamente del resto, para así asegurar la supremacía de la élite elegida. La inmensa vuelta de tuerca funcionó en apariencia, pero la conciencia de los "otros" no pudieron detenerla.





Cine e ideología

Leopoldo Barragán Maldonado

El cine no sólo es una planta productora de aventuras, historias, dramas, comedias, pasiones, misterios, romances, crímenes y desenfrenos, sino también de adoctrinamiento psicológico y condicionamiento social; el cine modifica conductas, destruye e instaura valores, impone modas y estilos de vida, forma creencias, deforma costumbres, altera el orden de cosas normalmente establecidas, falsea la realidad y socava la identidad cultural de pueblos y naciones. El cine como instrumento ideológico logra penetrar cómodamente en el pensamiento frágil, con su lógica pragmática de ‘ver y creer’, el cine y la televisión –como en otros tiempos la radio (‘escuchar y creer’)– se han convertido en agentes diplomáticos para controlar a las masas.

La ideología es un paradigma, y como tal está conformada por visiones sesgadas del mundo e interpretaciones parciales de la realidad, es una mirada política obtusa y obnubilada por prejuicios, mitos y dogmas tendientes a justificar determinado estado de cosas. Según John Plamenatz, “la ideología es abiertamente explicativa y descriptiva, los conjuntos de creencias o teorías ideológicas se proponen decirnos cómo son o fueron las cosas, y cómo llegan o llegaron a ser así”. Podemos decir que esta definición se circunscribe en el ámbito conceptual ‘formal’ de la ideología, pero la ideología –si no desea rayar en la utopía– reclama esencialmente su dimensión praxista. Lo anterior quiere decir que bajo una perspectiva conceptual ‘material’, la ideología también se propone argumentar cómo no fueron las cosas, o cómo no llegaron a ser de cierta manera. El cine es la mejor forma de difundir ambas tendencias ideológicas.

Así como existe el negacionismo histórico, así también existe el negacionismo cinematográfico. Que nos baste mencionar la película *Éxodo* (1960), producida y dirigida por Otto Preminger, estelarizada por Paul Newman y Eva Maria Saint, dicha cinta no dejó de ser mera propaganda para justificar la creación unilateral del estado de Israel, y por ende, la negación de Palestina. Recordemos que uno de los eslóganes más publicitados por el movimiento sionista fue vender la idea: “un territorio sin pueblo (palestinos), para un pueblo sin territorio (judíos)”. Además, el contexto temporal que sirvió de fondo al argumento de dicha cinta no es coherente con el desarrollo del conflicto árabe-israelí; por ejemplo, el atentado contra el hotel ‘Rey David’, fue perpetrado en 1947, y no en 1946 como muestra la película; en segundo lugar, y al tratarse de un film ideológico, se presentó a los miembros de grupos terroristas israelíes (Irgún y Haganah), rudimentariamente armados, cuando era todo lo contrario. *Éxodo* obtuvo cinco premios de la Academia, a pesar de deformar la historia y negar la realidad de un conflicto arduamente estudiado y analizado. Imagen cinematográfica mata neurona.

Toda ideología es, por sí misma, pendenciera, la intencionalidad de los valores que pretende legitimar se manifiesta por el grado de agresividad con que procura contrarrestar, anular, y por qué no decirlo, ridiculizar a otra, sin importar la ignorancia que acarrea su agravio. La película inglesa *Muerte de una princesa* (1980), dirigida y producida por Anthony Thomas, basada en la ejecución de una joven princesa y su humilde amante, generó un altercado político entre Arabia Saudita e Inglaterra. Para los saudíes sólo representaba una manera irónica de referirse al sistema legal y al castigo musulmán, tratándose de un film no hecho por saudíes ni mucho menos por expertos islámicos. Lo mismo podemos opinar respecto a la película *Yihad en América* (1995), de Steve Emerson, un periodista especializado en terrorismo islámico, que aprovechando el impacto publicitario del atentado contra el World Trade Center (1993), orientó el mensaje de su película a describir a los musulmanes como enemigos de Occidente y de los judíos.

La historia del cine no ha sido ajena a los efectos diacrónicos generados en la dinámica social y política, especialmente en Europa y los Estados Unidos. Las primeras décadas del siglo XX sirvieron de marco para la organización, constitución y arraigo de los grandes bloques cinematográficos, mencionemos como primer ejemplo la situación imperante en los tiempos previos a la Primera Guerra Mundial, por aquel entonces el mercado cinematográfico estaba dominado por las productoras francesas, principalmente la sociedad Pathé; sin embargo, con el advenimiento del conflicto, y debido a la

fuerte carga económica que enfrentó el gobierno francés, la sociedad Pathé, y otras más, perdieron su hegemonía. Esta coyuntura fue aprovechada por la Alemania Guillermina, y en 1917 se fundó la Universum-Film-Aktien-Gesellschaft (UFA), cuyo propósito fue responder a la competencia francesa y norteamericana, obviando en sus producciones una mentalidad pangermanista.

El concepto de ideología que esgrime Karl Mannheim, en su obra *Ideología y utopía*, no es del todo concluyente, ya que soslaya el papel fundamental que desempeñan los medios de comunicación, dice Mannheim: “el concepto ‘ideología’ refleja uno de los descubrimientos que han surgido del conflicto político, a saber, que los grupos dominantes pueden estar tan ligados en sus pensamientos a los intereses de una situación que, sencillamente, son incapaces de percibir ciertos hechos que vendrían a destruir su sentido de dominación”. Por un lado es aceptable la vinculación ineludible entre ‘grupo dominante’ e ‘intereses’ particulares, pero por otra, yerra al destacar la falta de previsión política para mantener su hegemonía.

En la película *Network* (1976), que obtuvo cuatro premios Óscar y un Globo de Oro, se plantea la confabulación de un grupo de árabes dispuestos a adquirir varias cadenas televisoras norteamericanas, lo cual sería una amenaza grave para las libertades de los estadounidenses, y los grandes magnates de la comunicación verían amenazado sus emporios, especialmente Hollywood, controlado mayoritariamente por los judíos. El personaje central de *Network*, Howard Beale (Peter Finch), es un carismático locutor que logró captar la atención de numerosos radioescuchas, pero cuando bajó la audiencia fue despedido, no sin antes anunciar su suicidio en el último de sus programas.

Las dos escenas marcan la filiación ideológica de la película. La primera es cuando el director de la cadena UBS, lo manda llamar a la sala de conferencias, y lo reprende con un discurso negacionista que reitera la línea ideológica no sólo de la película, sino además del nuevo orden mundial: “las naciones no existen, ni los pueblos, ni los rusos, ni los árabes. El tercer mundo no existe, sólo existe un sistema holístico, un dominio basto, multivariado, multimillonario de dólares, petrodólares, electrodólares; marcos, yenes, rublos, libras y shekels. Es el sistema monetario internacional que determina la vida de este planeta, el orden mundial de cosas (...) en Estados Unidos no existe la democracia, sólo existen IBM, ITT, At&T, DuPont, Dow y Exxon. Esas son naciones del mundo hoy en día (...) el mundo es un colegio de corporaciones determinado inexorablemente por las inmutables leyes comerciales”.

La segunda escena significativa se desarrolla cuando la empresa le concede la oportunidad a Howard Beale de despedirse dignamente. El conductor regresa al programa y despotrica contra la realidad de la sociedad norteamericana. En un episodio altamente convincente, expresa el locutor: “Estamos en una crisis. La gente está en paro o tiene miedo de perder su trabajo (...) sabemos que el aire es irrespirable y que comemos basura. Nos sentamos ante la televisión mientras el presentador nos dice que se han cometido 15 homicidios y 63 crímenes, como si fuera algo normal. Las cosas están muy mal. Aún peor. El mundo se ha vuelto loco, la locura es tal que ya no salimos a la calle. Decimos ‘al menos dejadnos en paz en nuestras casas’ (...) pues yo no os voy a dejar en paz. Quiero que os enfadéis. Tenéis que decir: ‘Soy un ser humano, mi vida tiene valor’ (...) Quiero que os levantéis ahora mismo, vayáis a la ventana, la abráis, saquéis la cabeza y gritéis: ‘estoy furioso y no pienso aguantarlo más’”. Al escuchar el mensaje los televidentes se animan, abren las ventanas de sus departamentos e inician a gritar: “¡estoy furioso y no pienso aguantarlo más!”, una escena en que se manifiesta abiertamente el poder de persuasión que ejerce la televisión. Esta escena valida la tesis de Plamenatz en el sentido de que la ideología en primer lugar es persuasiva, y en segundo prescriptiva.

El cine es un instrumento de poder político, económico e ideológico, más allá del glamour, las premiaciones, el espectáculo y el entretenimiento, se encuentra la domesticación de las conciencias. El cine ideológico no es más que el arte de adaptar y trasladar formas ideales, subjetivas, a un mundo aparentemente real. Es, en gran medida, una mentira recopilada en el celuloide.



El actor Peter Finch, interpretando a Howard Beale en la película *Network*.

Rugidos literarios

Tardes de tedio e ingenio

José María Lomelí Pérez

Nombrar el objeto es suprimir el mayor placer del poema, que es la felicidad de conjeturar poco a poco.

Stéphane Mallarmé

Fue maestro de inglés y sólo podía dedicarse a escribir al finalizar sus jornadas laborales. Situación que lo llevó muchas veces a lidiar con largas horas de tedio. No obstante durante esos apretados momentos de libertad creativa pudo fraguar algunas de sus mejores obras como *Herodías* (1864) y *La siesta de un fauno* (1865). Stéphane Mallarmé, tal vez el más importante poeta simbolista de su tiempo, un referente de alguien que más que, matar el tiempo, supo sacarle ventaja para hilvanar una poesía enigmática, refinada y poderosa.

Surgido, en palabras del poeta griego Jean Moréas, como un movimiento literario “enemigo de la enseñanza, la declamación, la falsa sensibilidad y la descripción objetiva”, el simbolismo comenzó prácticamente a la par en Francia y Bélgica, hacia finales del siglo XIX, con la publicación en 1857 del libro *Las flores del mal*, autoría del poeta francés Charles Baudelaire.

Creado con el fin de alejarse a toda costa de las corrientes realistas y naturalistas tan en boga por aquella época, para 1880 dicho movimiento se habría extendido ya a otros territorios geográficos, capturando la atención tanto de escritores como de pintores y escultores, gracias a su particular forma de retratar el mundo desde una perspectiva mucho más cercana al hermetismo. Perspectiva consistente en un discurso de dos vías, en el cual el significado de las obras o el mensaje que el autor quería transmitir se encontraba más allá de la literalidad de las imágenes o recursos utilizados por los artistas.

Ese énfasis en la transmisión de un significado oculto sería su principal diferencia con respecto a otra de las corrientes literarias de gran auge por la misma época, el parnasianismo. Puesto que, para los parnasianos, no obstante a tener principios semejantes tales como el rechazo a cualquier postura moralizante, su ocupación fundamental estaba puesta en la persecución del arte por el arte, fin para el cual la atención a los detalles técnicos de la escritura, tales como la rítmica y la métrica, eran la columna vertebral de su quehacer artístico.

Por su parte los recursos de los simbolistas serían, entre otros, las metáforas, la utilización de un lenguaje ambiguo, sugestivo y sugerente, así como una intencionalidad metafísica que permitiera a sus lectores descifrar hallazgos propios.

Nacido un 18 de marzo de 1842, el crítico y poeta francés, Stéphane Mallarmé, sería uno de los simbolistas más connotados de su generación. Dueño de un estilo sumamente refinado, sus textos exudaban culteranismos, así como imágenes de un alto contenido simbólico y alusiones oscuras, además de distinguirse por su constante experimentación sintáctica y gramatical, misma que lo colocaría a la vanguardia de dicha corriente artística.

Huérfano a la temprana edad de siete años, Mallarmé y su hermana serían criados por sus abuelos tras la muerte de su madre en 1949. Sin embargo, tiempo después, la muerte de su hermana le dejaría una profunda huella.

Hacia 1862 opta por dejar su empleo con miras a convertirse en profesor de inglés, propósito que lo lleva junto a su novia, la alemana María Gerhard, a dejar Francia con destino a Londres, lugar donde se casará un 10 de agosto de 1863, obteniendo poco después su acreditación como maestro de dicho idioma en el instituto Tournon, misma que les llevará de regreso a su país natal, lugar en el que eventualmente se convencerá de que la escritura era su verdadera vocación.

Serían precisamente los parnasianos quienes le publicarán diez de sus poemas en su revista *Parnasse Contemporain*. Tiempo después, en Aviñón, traba una de sus más importantes amistades con quien inmortalizaría su nombre, junto al de cinco poetas más, bajo la denominación de poeta maldito, el también simbolista Paul Verlaine.

En 1867, laboralmente asentado en el Liceo Fontanes de París, abre un salón de tertulias y veladas literarias que llegará a convertirse en uno de los puntos de encuentro cultural más importantes de la región, entre cuyos asistentes y alumnos más destacados se encontraban Paul Valéry, Rainer Maria Rilke y el ya mencionado Paul Verlaine, entre otros.

Para 1892, algunos años antes de su muerte (ocurrida el 9 de septiembre de 1898), el músico y compositor francés Claude Debussy, inspirado en su obra, compondría su famoso *Preludio a la siesta de un fauno*.

¿Eres tú?

Carlos Fernando Hernández Bento

En una cabaña en el bosque vivía Julio de las Casas con su joven y único hijo, Marco. Julio había perdido a su esposa años atrás por un cáncer de páncreas y, para mayor desgracia, se había quedado completamente ciego en un accidente laboral.

Como era un poco de esperar, aquel lugar se le hacía pequeño a un chico que, desde que sacó el carné de conducir, ya no necesitaba esperar al paso del autobús para ir al pueblo. Así es que volaba del nido de vez en cuando, aunque sin desatender sus obligaciones de buen hijo.

Cierta fría tarde, Marco quiso ir a una competición de bolos con sus primos y así se lo anunció a su padre.

—Padre, voy al pueblo que me llamó Tiburcio, para la partida de los sábados con los chicos. Si se me hace muy tarde otra vez, me quedo en casa de alguno de ellos y ya entonces vuelvo por la mañana temprano.

—Pues, cierra bien la puerta y déjalo todo ordenado, no sea que pueda tropezar con algo. No me molesta que vayas, hijo mío. Faltaría más. Aprovecha. Ve con tus primos a pasarlo bien. Pero sé responsable tal y como te digo siempre. No pido más.

—Padre poca cosa me pides, cuando sabes que en realidad a mí nunca ha hecho falta hablarme de tales cuestiones. Me vienen de serie y genética.

—¡Bah!... Marcha, hijo mío. No te entretengas más, que te esperan. Y dale saludos a todos. ¡Ah!... y no me llames padre. ¡Qué manía!

—Bueno, papá. Dados serán. ¿Te dejo encendida la radio?

—Sí, claro. Sintonízame *Radioonda* que van a dar el programa ese de misterios de la historia, que a veces se alarga más que un día sin pan, y luego van las noticias. Si no regresas antes, supongo que con eso tengo para entretenerme hasta la noche. Gracias, hijo mío. Y hasta luego o hasta mañana.

—Adiós, papá, que hasta pronto sea.

Y así fue como quedó el ciego en soledad. Marco montó en aquel coche de pensionista, que hacía más ruido que un barco en un ataque, y se fue a disfrutar de una buena reunión con sus primos.

Julio siempre se sentía muy seguro con lo todo que hiciera ruido. Era un burdo sustitutivo de su sentido de la vista, pues le daba muchas pistas sobre lo que le rodeaba.

Por esta razón también, Marco, que era un chico de una nobleza extraordi-

naria y pese a la situación familiar de un carácter muy alegre, se acostumbró a vivir canturreando y silbando todo lo que podía; en buena parte para dar norte a su padre de donde estaba y que hacía en cada momento.

Con la radio ya puesta, Julio, se dispuso a disfrutar tal y como lo hacía desde que era joven. Era una de esas cosas que no habían cambiado mucho en toda su vida, antes o después de la ceguera.

Con cada sesión revivía uno de aquellos extraordinarios momentos de primera juventud junto a sus dos hermanos; cuando gozaban, como mozos que eran, de uno de los extraordinarios programas radiofónicos de la “Rosa de los vientos”.

Los ojos del entendimiento abiertos como faros en la oscuridad, la radio reina del dormitorio y el oído tras cada movimiento de las palabras de los contertulios. Las perlas de la ciencia, la historia o las leyendas; lo humano y lo divino; los reyes y los monstruos; los héroes y villanos, flotaban en la estancia y, arropados en la sombra, se iban dibujando sobre la imaginación alerta. ¡Qué gozada!

Y así Julio fue cayendo en el sueño. Como un niño que lo tiene todo, aunque le faltan muchas cosas. Como quien va siendo arrastrado en un bote mar adentro bajo el sol del verano. Y el sueño fue muy intenso, el sueño fue muy profundo, muy placido y muy profundo.

No supo Julio lo que duró el reposo. Despertó cuando daban apresuradas noticias:

“¡Atención, atención! Un preso se ha escapado de la cárcel provincial. Se trata de un individuo muy peligroso. Es de estatura regular y de complexión muy fuerte. Tiene 36 años. De ojos oscuros, pelo rubio, media melena y bigote. En el momento de la fuga llevaba puestos unos vaqueros, camisa de cuadros rojos y negros, botas camperas y un abrigo marrón oscuro. Se trata de un hombre con múltiples crímenes de sangre a sus espaldas. Si alguien llega a localizarlo, se exige que dé parte inmediatamente a la Policía”.

Julio, aún atolondrado, lo siguiente que oyó fue un incomodísimo silencio tras el click de apagado de su radio y tres pasos hasta los pies de su cama. Entonces, una onda de escalofrío recorrió su espalda estallando en la raíz de sus cabellos. De sus muertos ojos brotaron dos lágrimas frías. Y su voz, colgando de un fino hilo, trémula de incertidumbre y espanto, sólo le alcanzó para balbucear:

—Marco... hijo mío... ¿Eres tú?

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Sabiduría popular

Carlos Caco Ceballos Silva

Otoño de 1996. Siempre recuerdo lo que mi abuelo Andrés me decía: Siempre que puedas compra lotería, y yo le preguntaba “¿qué es la lotería?”. Es una rifa y cuando compras el billetito compras una ilusión, como cuando los llevo al cine y mientras están viendo “las vistas”, están viviendo ese momento; así es que en la lotería compras una ilusión y si no te sacas nada compras otro billete para seguir soñando. También nos platicaba un refrán que decía: “Nunca le des de comer a puerco chico, porque todo se le va en crecer, ni hagas favores a los ricos que nunca te lo van a agradecer”, esto es para que siempre ayudes al que necesita y le des la mano al que te la tiende, así es que procura ayudar y nunca te canses de ayudar. Y mi padre nos decía, cuando era de noche y estábamos mi hermana y yo estudiando en una pieza y por cualquier motivo salíamos: Apaguen el foco, pues aquí no es un palacio para tener todas las luces encendidas.

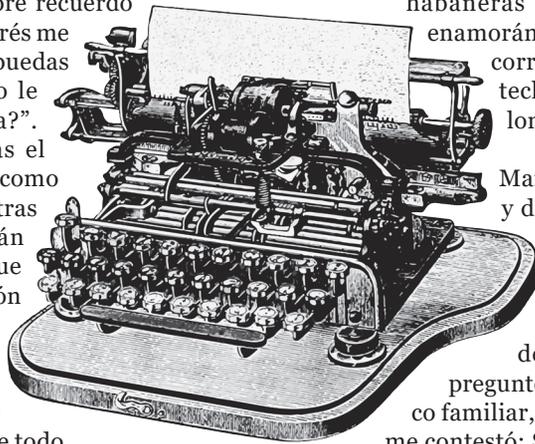
Mi abuelo Andrés me recomendaba: Mira, *Caco*, cuando te cases y llegues a tu casa, siempre llega con algo, aunque sea con un par de piedras en cada mano. El mismo abuelito me llegó a decir cuando le platicaba criticando algún amiguito: Nunca critiques, debes ser comprensivo y pensar que tú mismo te equivocas a cada rato.

En otra ocasión, mi tía Adela me comentaba: No debes quejarte con tus amigos de tus penas y de tus enfermedades, pues a nadie le interesan las cosas más que a ti mismo; y nunca se me ha olvidado una vez que me daban una purga de aceite de ricino, mi abuelita Toña me dio el remedio: Cierra los ojos, abre la boca y así ni te la sientes. Y santo remedio, siempre que me tocaba alguna purga abría la boca y cerraba los ojos y me tragaba el aceite.

Cuando seas grande y tengas hijos, mi papá me comentaba, nunca de los nuncas elogies a tus hijos ante tus amistades, pues muchas veces los defectos de ellos no los vemos los de la familia, y sí todo mundo los nota.

En una ocasión, cuando me pegaron la purgación, mi papá no me regañó, pero sí me largó una sarta de consejos que se concretaban en que con las mujeres había de andar con cuidado y pensarlo dos veces, antes de cualquier compromiso, pues como hay hombres serios y de provecho, hay muchas hembras que además de bonitas son serias, responsables y amorosas.

Hablando de los prisioneros, él me recomendaba que nunca tuviéramos animales amarrados, ni pájaros en jaula, así es que en nuestra casa, localizada en Constitución 41, había un perro, un gato, muchas palomas



habaneras que andaban por toda la casa enamorándose con el cu-cu por todos los corredores y en los rincones de los techos había muchos nidos de golondrinas.

El doctor Miguel Galindo, don Manuel Alcaraz, don Enrique Gómez y doña María Ahumada, seguido se reunían con mi papá para mover la “Guija”, acordándome que en una ocasión, estando en la tienda que estaba en la esquina de Constitución y 5 de Mayo, le pregunté al doctor, que era nuestro médico familiar, sobre la verdad de la “Guija” y él me contestó: Siempre dicen la verdad y nunca

te aconsejan cosas malas, así es que si todo es para bien, velo con simpatía y defiéndenos de las críticas.

A finales de la década de los diez era yo monaguillo en el templo del Beaterio; el padre Saucedo oficiaba el rosario de las siete, y uno de esos días al salir yo con la charola a recoger la limosna, me llamó el señor cura Sevilla, diciéndome que se habían quejado de que yo andaba con la charola sonándola por toda la iglesia, preguntándome si era cierto; entonces yo le contesté que sí y que lo hacía no por sacrilegio, sino para que las señoras no se hicieran las dormidas mientras yo pasaba con la charola, y entonces el señor cura me contestó: Si por eso lo haces, puedes seguir haciéndolo, el caso es que no hagas mucho ruido en las bancas donde no haya “dormilonas”.

Estando de paseo en Mérida, una noche fui a uno de los cenotes, donde había a un lado, un restaurante bastante concurrido y el que estaba amenizado por una orquesta compuesta por puras simpáticas yucatecas, y estando yo en la edad dorada, desde luego saqué a bailar a una risueña música con la que me deleité de lo lindo por su simpatía; en uno de los descansos quedé entre un grupo de señores mayores y fue entonces cuando yo los animé a sacar a bailar algunas de las damitas, contestándome uno de ellos que ya estaba viejo para esos menesteres, y fue entonces cuando otro le contestó “rechazan las mujeres la ancianidad”. ¡Torpeza!: “No hay que mirar la cabeza, en la bolsa está la edad”.

Y para terminar anoto la frase que en una ocasión me comentó mi amigo Manuel Sánchez Silva, a propósito de algo negativo que me endilgaron cuando quise ser diputado federal por la oposición: “No te preocupes cuando sepas que hablan de ti, preocúpate cuando no lo sepas”.

Y éstos han sido algunos de los orígenes de las sentencias, refranes o consejos de la sabiduría popular que he oído o me han dicho a lo largo de mi dilatada caminata por los senderos de mi azarosa y bulliciosa vida.

* Empresario, historiador y narrador. †

Pretéritos como cadenas

Juan Grajeda*

Amé a una mujer y ella me amaba
me gustaba vestida y desnuda,
con un traje de tul
con un vestido de noche
que reflejaba la luna.

La amaba rota
perdida en mis sueños de mar,
en las aves peregrinas
que surcaban mis ilusiones
olvidadas bajo la cama.

La amaba en una mesa sin comida,
en las dos monedas
que tintineaban mis bolsillos.

Besaba sus pies cansados
de correr para perseguir mi nada.

La amaba en mis poemas grises,
en ese soliloquio de mis hojas en blanco.

La amaba en la hija dentro de su vientre.

En las flores y el olor que el rocío
despistaba por la mañana,
amaba a una mujer que me amaba
a través de mis vientos locos
mientras tejía mis noches
con unos cuantos rayitos de sol.

Amaba su sombra que nos cobijaba
en la derrota,
y en esas victorias que saben
al vino de España.

Le amaba en la espuma del mar,
en la arena de mis destierros.

Amaba a esa muñequita
de tristes ojos castaños,
la amaba por sobre los adoquines
húmedos de una tarde de agosto.

La amaba y ella me amaba,
y esa era nuestra cruel desgracia...
yo amaba a una mujer,
y ella me amaba...

**Juan Kamino Grajeda ha participado en la antología Cinocéfalos (2017), de la colección Mezcalina; también en el libro El mito de los hombres perro (2018), de la misma colección. Durante 2019 colaboró en la revista El Cráneo, y este año participó en la antología Ruta 08. Sus poemas han sido traducidos al alemán.*